

A propósito del Bicentenario: las temporalidades del análisis histórico de la América española

Antonio García de León*

Se dice fácil pero no deja de ser cierto que cada época analiza el pasado en función de las preocupaciones del presente. Existe, supuestamente, un pasado para cada presente a partir del proyecto de futuro que se quiera construir. Desde ese punto de vista no es nada casual que las sociedades americanas coloniales hayan sido estudiadas en las distintas épocas con propósitos diferentes y bajo perspectivas políticas muy diversas. Aquí quisiera insistir en las dinámicas de la historia económica, que nunca han aparecido al margen de la política y de las estructuras de poder, y que ahora se entrelazan de manera muy diversa con un nuevo ente al que solemos llamar “historia cultural”. Las condiciones impuestas por la actual globalización nos obligan a ciertas reflexiones que tienen que ver con el tema de las “resistencias” y los movimientos sociales en el contexto colonial. Por otra parte, las celebraciones oficiales del Bicentenario, que se desgranarán a lo largo de toda la América Latina y la península ibérica, de seguro contribuirán a modificar y a “tensar” el pasado en nuevas interpretaciones no exentas de rasgos hagiográficos y conmemorativos. Una nueva “historia de bronce” se desprende en avalancha sobre las anteriores interpretaciones y nos obliga a revisar ese pasado a partir de la nueva lectura de las fuentes directas.

* Centro INAH Morelos.

Y es que durante los siglos XVI y XVII, mucho antes de las independencias y cuando apenas se construían las sociedades coloniales americanas, los historiadores del Viejo Mundo y los cronistas del Nuevo se enfrascaron en discusiones barrocas para dilucidar si los habitantes del Nuevo Mundo eran seres humanos o no, y si la Corona tenía los títulos y atribuciones jurídicas suficientes como para emprender una conquista y colonización legítimas del continente americano. Pero a partir del siglo XVIII, cuando las Luces habían reorientado radicalmente el discurso inicial de la Conquista, las interpretaciones sobre la historia del imperio colonial español en América variaron diametralmente al introducirse los conceptos de la rentabilidad colonial, el libre comercio, el piso fiscal y los beneficios metropolitanos. Comenzaba a discutirse también las características de la naturaleza del continente, la fortaleza o debilidad de sus habitantes nativos, criollos y recién llegados, así como todo lo que tenía que ver con la influencia del clima en los temperamentos de animales, plantas y personas. Desde periodos muy tempranos aparecerá el consabido debate entre los criollos y los europeos acerca de las ventajas y desventajas de la multitud de regiones que conforman la América colonial, debate que irremediablemente conducirá a la autonomía y a la independencia.

Ya para el siglo XIX y una vez consumada ésta en la mayoría de los países, los historiadores latinoamericanos —partiendo de la necesidad de

construir una historia nacionalista que agrupara a todas las clases y grupos de los nuevos estados—centraron su discurso en reasumir los postulados criollos anteriores y otros nuevos, acerca de cómo las sociedades nativas originales habían sido oprimidas por los invasores en la “larga noche colonial” y cómo, a raíz de los movimientos de independencia, habían vuelto a recuperar su libertad arrebatada. En los casos de México y Perú, incluso se llegó a plantear la existencia previa de una “nación” en toda forma y en el sentido burgués del término, que era supuestamente anterior a los procesos de conquista, como la nación inca o la nación azteca... Fue así como la historia colonial se convirtió, desde la perspectiva del nacionalismo decimonónico, en un prolongado paréntesis ominoso situado entre el mundo precolonial (“el esplendor del México antiguo” se le llamó a mediados del siglo pasado) y el luminoso amanecer republicano de las naciones del continente.

En el desfiladero intermedio del devenir colonial, de contracción y catástrofe demográfica para unos y de esplendor para otros, se extendía un periodo que los románticos visualizaron siempre en la oscuridad—la “noche colonial” la llamaban, mientras la llenaban de callejuelas lóbregas y espadachines embozados—, o la veían como una especie de Edad Media que se situaba simplemente muy lejos en el tiempo, y lo suficientemente oscura y sombría como para que pudieran proyectarse sobre ella los fantasmas de aquel presente romántico, dándole la consistencia de la densidad de un pasado hecho de plomo, un “siglo de hierro” bañado por el oro y la plata, y recubierto por la viscosidad de un lenguaje artificial y barroco.¹ El México del *México a través de los siglos* era el largo recorrido desde la noche

¹ Un lenguaje incluso caricaturizado por autores románticos como don Artemio del Valle Arizpe en sus novelas, como *El Canillitas* (México, Iberoamericana de Publicaciones, 1947) y otros relatos de naturaleza “retro”. La asociación entre noche y periodo colonial proviene de la literatura patriótica de la Independencia y se remonta a autores criollos del siglo XVIII, como Francisco Javier Clavijero y otros. En esto, resulta similar a la asociación nocturna que también hacen los románticos franceses Jules Michelet y otros, cuando hablan del Antiguo Régimen anterior a la Revolución francesa.

prehistórica hasta el amanecer progresista del régimen porfiriano.²

Como por fuerza se tenía que construir una identidad que nos distinguiera de los “españoles”, se utilizó un recurso vigente hasta nuestros días: idealizar a los “indios” de la época anterior a la Conquista, al mismo tiempo que se subrayaba que lo singular de las sociedades americanas con respecto a la antigua Madre Patria (a la que se imaginaba “pura”) estaba en el atributo de ser “sociedades mestizas”, olvidando de paso que las Españas de los siglos coloniales eran también, desde antes de la conquista de América, complejas sociedades de mezcla. Nuestras sociedades imaginarias, como en el caso de México, se conciben así hasta hoy como una particular amalgama de “lo español” y “lo indígena”, unificando cada una de estas construcciones y olvidando, por supuesto, otras contribuciones demográficas abundantes aunque menos gloriosas, como la aportada por los esclavos africanos y sus descendientes libres. Pero nuestras sociedades emergentes no eran ni una mera extensión o derivado del viejo imperio colonial, ni una derivación de las sociedades prehispánicas, lo cual metía a los historiadores en explicaciones más políticas que propiamente históricas. La época colonial pasó entonces a ser, al mismo tiempo, un periodo ominoso de dominación y un glorioso momento de *melting pot* racial y cultural, la fragua de nada menos que “la raza cósmica”. Sobra decir que con ello se originó una muy complicada relación de amor-odio entre “lo indio” y “lo español”, lo prehispánico y lo colonial, una pasión que ha perdurado y que se recicla periódicamente hasta nuestros días, dependiendo del tramo histórico que estemos atravesando.

Ya durante el siglo XX la historia colonial de América ha tenido lecturas más desapasionadas y diversas. Para los defensores de aquella famosa “teoría de la dependencia”, que marcará la vida académica de la segunda mitad del siglo pasado, la época colonial fue el momento cuando se establecieron las relaciones de poder desiguales y en el que se hipotecó el desarrollo integral armónico

² Véase Vicente Riva Palacio *et al.*, *México a través de los siglos*, 5 vols., México, Cumbre/Grolier, 1977 [1884-1889].

al potenciarse el sector externo sobre el interno, la época en que se desangraron las sociedades coloniales en su relación con una metrópoli ávida de plata y tesoros. La historia económica puso el énfasis en que la causa explicativa de la falta de desarrollo económico integrado y sustentable en América Latina se centraba en la forma en que el continente se integró al sistema mundial en el siglo XVI. A fin de cuentas eran los años de la segunda posguerra, en que se pusieron todas las esperanzas en los programas de crecimiento interno. Las políticas de industrialización y los programas de “sustitución de importaciones” tenían su correlato en quienes imaginaban como una matriz deformante las “taras” que supuestamente habíamos heredado de la época colonial. Esta idea se desarrolló con gran fuerza entre la crisis de 1929 y la recesión petrolera de 1977, e involucró no sólo a los keynesianos sino también a los que se reclamaban como nacionalistas y como marxistas. Entre los primeros, las monografías sobre comercio, minería, proto-industrialización, historia empresarial e innovación tecnológica se multiplicaron, tratando de demostrar los efectos negativos que había tenido la orientación “hacia fuera” de las economías y las sociedades latinoamericanas, así como la escasa participación del Estado en la regulación de esas economías, lo cual explicaba su atraso. Entre los segundos, los marxistas, se imaginó un pasado mucho más teñido por los combates de clase, la proletarización incipiente en minas y obrajes, la articulación de los modos de producción y la transición del feudalismo al capitalismo, en donde, por supuesto, el primero se asociaba a la Edad Media colonial, aunque imaginada de manera homogénea, y el segundo a una fase odiada aunque necesaria para transformarla de manera revolucionaria.

Entre los teóricos de la dependencia se partía entonces de la idea de que había que favorecer los procesos de acumulación originaria y potenciar la expansión de empresarios modernizadores. Los marxistas iban más allá: éstos crearían más proletariado y con ello, como se decía entonces “cavarían su tumba”. Así por ejemplo, en nuestro complejo periodo de “desarrollo estabilizador” se miraba al pasado como una traba estructural y

los historiadores tendrían que analizarlo en los términos de un presente/futuro siempre orientado al desarrollo, al crecimiento sustentado y a las certidumbres económicas marcadas por este súbito hallazgo de la modernidad a la vuelta de la esquina. En aquella época, casi todos coincidían en señalar que la causa de todos los males de la América Latina había sido tanto el colonialismo económico-político de la primera fase (siglos XVI al XVIII), como el giro comercial de la segunda (siglo XIX). Las conocidas tesis de Weber,³ que unían protestantismo con eficiencia empresarial, fueron un referente continuado (explícito o implícito) para explicar la falta de un empresariado emprendedor en América Latina: habría pues que alentar a la “burguesía nacionalista” para que sustituyera a la tradicional “burguesía compradora” que era vista como una herencia colonial y como entreguista a los intereses externos (por lo mismo, “malos”). El complejo de culpa del atraso católico, en nuestro caso unido a la satanización de la noche colonial, se unían a nuevas ideologías presentes hacia mediados del siglo pasado que ponían por delante las certidumbres del progreso. La irrupción de procesos políticos y experimentos económicos inéditos, como el socialismo en Cuba, se veían simplemente como una extensión de este desarrollo desde dentro, como una nueva intervención estatal, estricta pero necesaria, y como algo que interactuaba con el nacionalismo tradicional, en este caso con el “nacionalismo revolucionario” de las revoluciones en México, el Cono Sur, Bolivia, Guatemala, etcétera. Pero la crisis de la década de 1980 y el aumento de la pobreza y la desigualdad social demostrarían que el crecimiento hacia adentro era condición necesaria, pero de ninguna manera suficiente para alcanzar el pretendido milagro que auguraba la etapa recién finalizada. Las burguesías “nacionalistas”, en quienes los teóricos de la dependencia habían depositado toda su confianza, se entregaron sin problemas en los brazos del imperialismo.

Pero en la última década del siglo pasado, marcada por la incertidumbre y la hegemonía de un

³ Véase Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, FCE, 2003.

modelo que se califica como “neoliberal”, asistimos al cuestionamiento de la certidumbre que nos ofrecían los grandes paradigmas historicistas y marxistas. Los historiadores de hoy, acicateados por la moda y lo económicamente correcto, hurgan en los antecedentes de la modernización borbónica del XVIII, en los antecedentes del libre comercio, en la relación entre instituciones, privilegios y extorsiones. Y aunque se ha ganado en detalle y en acuciosidad matemática, en el estudio a veces minucioso de redes de intereses, la mayoría de las investigaciones se plantean horizontes mucho más modestos que las grandes empresas historiográficas que caracterizaron, por ejemplo, a la escuela francesa de *Annales* o a las aventuras de otras grandes escuelas en los países anglosajones y en América Latina. Una de las excepciones más recientes, aunque ligada a la etapa anterior, es el libro del gran historiador inglés John H. Elliott, *Imperios del mundo atlántico*, en donde compara, bajo las nuevas ópticas, al imperio español con el inglés.⁴

Es más, la pléyade de historiadores titanes que caracterizaron al periodo 1929-1977 ha desaparecido de la faz del planeta; se extinguieron como los dinosaurios después de la caída del asteroide neoliberal. Después de la retirada de la ola quedan más bien las miríadas de pequeños cangrejos que parecen correr por la playa sin rumbo determinado, la mayoría de ellos historiadores sometidos a los procesos de parcelación del conocimiento que caracteriza a nuestros días, esclavizados por los sistemas “académicos” de puntos, premios y compensaciones arbitradas al salario. Es el proceso que los franceses han caracterizado como “la historia en migajas” (título de un lúcido ensayo de François Dosse)⁵ y que afectó a la mayoría de las historiografías nacionales después de la década de 1970. Son así muy pocos los historiadores que han sobrevivido al proceso de decadencia de las universidades, provocada por la sujeción

de la investigación, el estudio y el sentido crítico a la política y a la nueva burocracia de la “ciencia” y la “tecnología”. La marea de los pequeños estímulos ha terminado por hacer naufragar las grandes pretensiones historiográficas...

En parte como resultado de esto —pero también por la emergencia de un nuevo tipo de crítica histórica— no todo es malo, pues nuevos temas han invadido la historia y la hacen mucho más compleja y variada, o la acercan a la realidad. La nueva historia cultural se entrelaza con la historia económica, dulcificando a esta última, pero conduciendo al redescubrimiento de la totalidad social como premisa necesaria para imaginar las nuevas parcelaciones. Por ejemplo, y para señalar sólo uno entre miles de aspectos, a fines del XX y principios del XXI se ha comenzado a señalar que las metrópolis, y en nuestro caso la Corona española de tiempos coloniales, no siempre obtuvieron efectos benéficos en el corto y largo plazo de sus experiencias coloniales. Hoy reaparecen los argumentos esgrimidos por arbitristas y autores de comedias del Siglo de Oro que analizaban a nuestra metrópolis como “las Indias de Europa”: España como el simple intermediario entre el tesoro americano y los grandes financieros de Holanda, Francia e Inglaterra. Se ha llegado incluso a culpar a la plata americana, casi con los mismos argumentos usados por el marqués de Varinas a fines del XVII, de haber permitido la continuación de estructuras obsoletas e ineficientes en la Península y en las colonias.

Por ejemplo, en una reciente y excelente trilogía, publicada en nuestro país del historiador ítalo-francés Ruggiero Romano⁶ —que ha pasado casi inadvertida— se destaca el retorno a una indagación crítica que no se conforma con las explicaciones anteriores y que pone al servicio de una nueva visión amplia y globalizadora las pequeñas preocupaciones de los historiadores que sobrevi-

⁴ Véase John H. Elliott, *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*, Madrid, Taurus (Historia), 2006.

⁵ Véase François Dosse, *La historia en migajas: de Annales a la “nueva historia”*, México, UIA (Estudios Universitarios, 35), 2006.

⁶ Se trata de las tres obras de Ruggiero Romano: *Coyunturas opuestas, la crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*, México, FCE/El Colegio de México, 1993; *Moneda, seudomonedas y circulación monetaria en las economías de México*, México, FCE/El Colegio de México, 1998, y *Mecanismo y elementos del sistema económico colonial americano, siglos XVI-XVIII*, México, FCE/El Colegio de México, 2004.

vieron a la extinción de los grandes paradigmas. Primeramente, la crisis del siglo XVII se concibe no sólo como la ya conocida crisis europea, sino también como un crecimiento de los mercados internos coloniales. Se demuestra que en bastantes ocasiones el mantenimiento del imperio tuvo altos costos para la metrópoli y que en muchos casos las potencias enemigas y la elites coloniales captaron los beneficios, antes que las metropolitanas. Al mismo tiempo, se está viendo que la ausencia de mercados cautivos coloniales desalentó la innovación y la competitividad en las metrópolis. En suma, parece estar comprobándose que es una simplificación seguir sosteniendo que el colonialismo operó siempre en beneficio de las metrópolis, en particular de la Corona de Castilla.

Asimismo, se está comenzando a constatar que los discursos nacionalistas de los siglos XIX y XX no sólo crearon identidades históricas, sino que también aplastaron en muchos casos las identidades regionales y culturales de grupos humanos enteros, y que ante los cambios que está sufriendo el Estado-nación, estas identidades están reapareciendo como por arte de magia y no siempre bajo su mejor costado. Pero por otro lado, la otra cara de esa misma moneda, el discurso indianista y los fundamentalismos étnicos están demostrando que son instrumentos poco útiles para construir sociedades pluriculturales en las que el respeto a los demás sea la base de la convivencia. Al mismo tiempo, la globalización económica está mostrando que las tensiones religiosas, sociales y étnicas pueden aumentar; de igual forma el discurso de la negación o de la descalificación del contrario está dificultando la convivencia pacífica: en todo esto la historia tiene mucho que decir...

Y como en un principio me referí al presente que modula cada pasado, así como a las capas superpuestas de interpretación, quisiera concluir con una sugerencia de Romano que resulta en esto muy pertinente:

La historia no está hecha sólo de memoria, sino también de olvido. La experiencia del presente sugiere aquello que debe olvidarse, y señala además lo que es pertinente traer a la luz. Es ésta, sin embargo, una conside-

ración peligrosa con la que hay que tener mucho cuidado, pues el “presente” no debe ser reflejo de las modas o de la ideología dominante en un momento determinado. Si así fuese, una historia de la economía de Iberoamérica debería construirse en torno al tema de la formación del mercado o de los cambios ecológicos, con lo que se trataría precisamente de seguir la moda con un resultado predecible: un mercado (ilibre, por supuesto!) desde el siglo XVI, y las resabidas consideraciones (aunque no faltan gloriosas excepciones) sobre la evolución de los paisajes rurales. De la misma manera en los años sesenta y setenta del recién pasado siglo XX se publicó una gran cantidad de trabajos inspirados en la ideología entonces dominante y en las ideas acerca del “modo de producción” y las “relaciones de producción”, obras que, con pocas excepciones, no dejaron mucha huella. No es que “modo de producción” y “relaciones de producción” no plantearan una problemática importante, pero eran nociones aceptadas de forma mecánica, acrítica, fuera del contexto en el que fueron concebidas. En otros términos, se creyó que el marxismo era una filosofía, cuando en realidad no era más que un canon empírico, ciertamente muy importante, pero un canon empírico. Así, perseverando en la inexistente filosofía, se desperdiciaban las ventajas que podían (y pueden aun hoy) obtenerse mediante un uso correcto de dicho marco empírico. Para la historia y para las ciencias humanas en general, el “presente” no es derivación de “nuevos paradigmas” anunciados por profetas a menudo falsos. Si en las revoluciones científicas de los últimos cuatro siglos surgieron nuevos paradigmas, ello es consecuencia de que los progresos de las ciencias “duras” son fruto de violentas rupturas. Por el contrario, las ciencias humanas no progresan a través de crisis, sino gracias a la sedimentación de capas superpuestas de conocimiento.⁷

⁷ Ruggiero Romano, *op. cit.*, 2004, pp. 26-27.



23. Condecoración por la toma del Fuerte de San Gregorio.